

CRISTIANISMO ROSACRUZ

Rudolf Steiner

Dos conferencias pronunciadas en Neuchatel el 27 y 28 de septiembre de 1911, con motivo de inaugurar la Rama Local de la Sociedad Antroposófica

Conferencia I: El misterio de Christian Rosenkreutz

Me llena de honda satisfacción estar por primera vez en esta Rama, de reciente fundación, que lleva el sublime nombre de Christian Rosenkreutz, lo que me permite hablar por primera vez con más amplitud sobre esta personalidad. ¿En que consiste el misterio de Christian Rosenkreutz? En una sola noche no se puede agotar este tema; lo dividiremos en dos sesiones: dedicaremos nuestra plática de hoy a la figura de Christian Rosenkreutz, y la de mañana a su obra.

Hablar sobre Christian Rosenkreutz presupone una gran confianza, no en la persona, sino en los grandes secretos de la vida espiritual, de la misma manera que la fundación de una nueva Rama presupone siempre la fe en esa vida espiritual.

Christian Rosenkreutz es una individualidad que actúa, lo mismo cuando mora en un cuerpo físico que cuando no lo habita; actúa, no sólo como entidad física mediante energías físicas, sino también, y sobre todo, espiritualmente mediante energías superiores.

Como sabemos, el hombre vive no sólo para si mismo, sino vinculado a la gran evolución de la humanidad. Cuando el hombre normal muere, su cuerpo etéreo se disuelve en el universo; pero de ese cuerpo etéreo en vías de disolución, siempre se conserva una parte, de modo que estamos circundados por doquiera, de restos de cuerpos etéreos, lo que puede ser benéfico o perjudicial para nosotros, según seamos buenos o malos.

De los cuerpos etéreos de grandes individualidades irradian hacia nosotros efectos de gran alcance. Así, del cuerpo etéreo de Christian Rosenkreutz emana una gran fuerza que puede actuar sobre nuestra alma y sobre nuestro espíritu.

Es nuestra tarea llegar a conocer estas fuerzas; a ellas apelamos como rosacruces.

En sentido estricto, el movimiento rosacruz tuvo su origen en el siglo XIII. En aquel entonces, esas fuerzas actuaban con vigor inusitado y dieron origen a una corriente vinculada con el nombre de Christian Rosenkreutz cuya continuidad en la vida espiritual sigue subsistiendo. Hay una ley según la cual esa corriente de energía espiritual debe manifestarse con particular intensidad cada 100 años más o menos.

De esto es manifestación hoy el movimiento teosófico. En sus últimas disertaciones exotéricas, el propio Christian Rosenkreutz aludió a esta necesidad.

En el año de 1785, las revelaciones esotéricas reunidas por los rosacruces se compendiaron en la obra "*Los símbolos secretos de los rosacruces*" de Hinricus Madathanus Theosophus.

Esta publicación contiene, aunque en cierto sentido limitado, alusiones a lo que como corriente rosacruz había actuado durante los cien años anteriores y que sólo halló expresión en los trabajos reunidos y recopilados por Hinricus Madathanus Theosophus. Otros 100 años después, vemos manifestarse el efecto de la corriente rosacruz en las obras de H. P. Blavatsky, particularmente en su libro "*Isis sin velo*".

He aquí una obra que contiene un acervo de sabiduría occidental oculta, no totalmente

aprovechada todavía, si bien el enfoque es a veces bastante confuso. Es interesante comparar "Los símbolos secretos de los rosacruces" de Hinricus Madathanus Theosophus con la obra de H. P. Blavatsky. En sus obras posteriores, ella se alejó de esa corriente espiritual rosacruz, por lo que hemos de saber distinguir entre sus primeras y sus posteriores publicaciones, aunque ya en las primeras haya infiltraciones de la mente poco crítica de H. P. Blavatsky. El que digamos esto cuenta con el beneplácito de la propia H. P. Blavatsky aunque no pueda decírnoslo ahora de viva voz.

Si enfocamos la particularidad de la conciencia humana en el siglo XIII, notamos que la clarividencia primitiva esa clarividencia elemental que los hombres de antaño poseían, había desaparecido paulatinamente. A mediados del siglo XIII se produjo un anticlimax a este respecto y de repente ya no hubo clarividencia, sino que para todos se extendió la obscuridad espiritual. Hasta los espíritus más iluminados, las personalidades más egregias y aun los iniciados, ya no tenían entonces acceso a los mundos espirituales, y sus afirmaciones respecto a esos mundos tenían que circunscribirse a lo que conservaban en el recuerdo. De los mundos espirituales sólo se sabía algo por tradición, o por los iniciados que evocaban el recuerdo de lo que habían experimentado anteriormente, pues durante una breve época, ni incluso ellos tenían una visión directa de esos mundos.

Este breve período de ofuscamiento fué necesario para preparar lo preeminente de nuestra época, la civilización intelectualista que caracteriza la quinta época cultural post-atlante.

(1) En la época cultural greco-latina no existía esa civilización en el mismo sentido; dominaba entonces la intuición directa en vez del pensamiento intelectual. El hombre se unió, se confundió con lo que veía y oía y hasta con lo que pensaba. En aquellos tiempos no se utilizaba tanto como sucede y tiene que suceder hoy, pues en ello consiste la misión de la quinta época post-atlante. Más adelante volverá

a alborear la clarividencia de los hombres, y surgirá la clarividencia del porvenir.

El origen de la corriente rosacruz cae en el siglo XIII. En aquel tiempo había que seleccionar las personas particularmente idóneas para la iniciación; ésta, sin embargo, sólo pudo tener lugar transcurrido el breve tiempo de ofuscamiento.

En un lugar de Europa que no se puede mencionar todavía, aunque en un futuro no muy lejano sea permitido identificarlo, se constituyó una logia de alta espiritualidad, un Colegio de doce hombres que habían asimilado la suma total de la sabiduría espiritual de los tiempos antiguos y del suyo propio. Esto quiere decir que durante ese período tenebroso vivían doce hombres, doce espíritus egregios, unidos para fomentar el progreso de la humanidad. Ninguno de ellos poseía la visión directa del mundo espiritual, pero todos podían resucitar dentro de sí el recuerdo de lo que habían experimentado en una iniciación anterior. El karma de la humanidad había dispuesto que en siete de estos doce hombres se hallara incorporado lo que la humanidad había conservado de los restos de la antigua época atlante. En mi "Ciencia Oculta" (2) ya se ha dicho que los siete antiguos Rishis, los santos instructores de la época cultural de ~ India primitiva, conse-

aban y transmitían lo que había quedado de la época atlante. Los siete hombres reencarnados en el siglo XIII, integrantes del Colegio de los Doce, eran los que podían remontarse a las siete corrientes de la antigua época atlante de evolución humana ya lo que persistía de estas siete corrientes. Cada una de esas siete individualidades no podía hacer fecunda para aquella época y para hoy más que una de esas corrientes.

A estos siete se incorporaron otros cuatro que no tenían la facultad de retrotraer su mirada, como los primeros siete sabios, hacia aquellos tiempos prístinos, si bien eran capaces de

remontarse hasta la sabiduría oculta que la humanidad se había apropiado en los cuatro períodos culturales post-atlantes. El primero de ellos podía captar la realidad cultural de la antigua India, el segundo la de la Persia primitiva, el tercero la egipcio-caldeo-asiria y el cuarto la greco-latina.

Estos cuatro, unidos con los otros siete, integraron el colegio de Sabios del siglo XIII. El doceavo miembro era el que menos se asentaba en el pasado; plenamente intelectual tenía la función de cultivar sobre todo las ciencias exteriores.

Estas doce individualidades no vivían únicamente en las experiencias del ocultismo occidental, sino que las doce corrientes sapienciales confluían en un cuadro global. Alusión muy

peculiar a esto la hallamos en el poema de Goethe "Los Secretos".

De modo que hemos de referirnos a doce individualidades egregias y buscar, a mediados del siglo XIII, el punto de partida de una cultura nueva. En ese tiempo se había llegado a una especie de nadir de la vida espiritual. El acceso a los mundos espirituales estaba vedado incluso a los más desarrollados, y fue entonces cuando se constituyó aquella logia de alta espiritualidad. En un lugar de Europa no divulgado hasta ahora, se congregaron los doce hombres que presentaban la suma del saber espiritual de su época y que representaban las doce tendencias espirituales.

En este Colegio de los Doce existía en parte una clarividencia basada en recuerdos únicamente y en parte una sabiduría de orden intelectual: los siete sucesores de los siete Rishis recordaban su antigua sabiduría; los otros cinco representaban la sabiduría de las cinco culturas post-atlantes.

De manera que en los Doce se conjugaba la suma total de la sabiduría atlante y post-atlante: once de ellos, privados de la visión espiritual directa, alcanzaban su saber sumergiéndose en los recuerdos de sus encarnaciones anteriores; y el doceavo era el que poseía en el más alto grado la sabiduría intelectual de la suya.

Empero el punto de partida de una nueva cultura sólo fue posible gracias a que un treceavo entró en el círculo de los Doce. Este treceavo no era un erudito en el sentido de aquella época; era una individualidad que había estado encarnada en tiempos del Misterio del Gólgota. En encarnaciones subsiguientes se había preparado para su misión por un ánimo devoto y una vida de fervorosa entrega a Dios. Era una gran alma, un hombre devoto y profundamente místico que tenía innatas estas cualidades, no que las había adquirido simplemente. Si ustedes se imaginan a un joven muy devoto, en íntegra e incesante entrega a su Dios, tendrán ante sus ojos la imagen de cómo era la individualidad del treceavo. Este treceavo creció enteramente bajo el cuidado y la educación de los Doce y de cada uno de ellos recibió toda la sabiduría que eran capaces de darle. Se le educó con sumo esmero y de tal manera que sólo los Doce, y nadie más que ellos, pudieron ejercer una influencia sobre él. Se le mantuvo aislado del resto del mundo. En aquella encarnación del siglo XIII, era un niño muy endeble; de ahí que la educación que los Doce le otorgaron tuvo que influir hasta en su cuerpo físico. Los Doce, a su vez, profundamente compenetrados de sus respectivas misiones espirituales y profundamente henchidos de Cristianismo, eran conscientes de que el Cristianismo exterior de la Iglesia no era más que una caricatura del Cristianismo genuino. Pletóricos de la grandeza del Cristianismo se les consideraba, exteriormente, como sus enemigos. Cada uno de ellos estudiaba y profundizaba solamente un aspecto del Cristianismo, en aspiración de reunir las diversas religiones en una gran unidad; estaban

convencidos de que sus doce corrientes abarcaban la totalidad de la vida espiritual y cada uno de ellos, en la medida de sus fuerzas, ejercía su influencia sobre el discípulo. Su meta era llegar a la síntesis de todas las religiones, pero sabían que esto no podía alcanzarse por teorías sino sólo por la realización de la vida espiritual. Y para esto fue necesaria la correspondiente educación del treceavo.

Mientras las energías espirituales del treceavo se acrecentaban infinitamente, sus fuerzas físicas disminuían sin cesar. Esto le llevó al extremo de que cesó casi toda conexión del discípulo con la vida exterior, todo su interés por el mundo físico: vivía únicamente para el desarrollo espiritual, orientado por los Doce; en él existía un reflejo de la sabiduría de los Doce. Finalmente el treceavo rehusó todo alimento y lentamente se consumía. Entonces sobrevino un acontecimiento realizable sólo una vez en la historia, uno de esos acontecimientos que pueden tener lugar cuando las potencias macrocósmicas, en atención a sus frutos, obran en conjunto. Tras de algunos días, el cuerpo del treceavo se volvió completamente transparente y durante varios días estuvo como muerto. Entonces, en torno a él se reunieron los doce a ciertos intervalos, y en esos momentos fluía de su boca toda sabiduría. En breves fórmulas, comparables a rezos devotos, hacían fluir su sabiduría hacia el treceavo que yacía como si

estuviera muerto. Lo mejor es imaginarse a los Doce agrupados en forma de círculo en torno al treceavo. Este estado terminó cuando el alma del treceavo, que había vivido una grandiosa transformación, pareció despertar como alma nueva.

Existía en ella algo como un renacimiento de las doce sabidurías, de suerte que también los doce sabios pudieron aprender algo enteramente nuevo de ese joven. También el cuerpo transparente se vitalizó en forma tal que no puede compararse a nada. El treceavo pudo en adelante hablar de vivencias completamente nuevas; y los doce pudieron comprender que él había pasado por la Experiencia de Damasco: se trataba de una repetición de la visión que tuvo San Pablo en Damasco. En el curso de pocas semanas, el treceavo transmitía en forma nueva la

sabiduría que había recibido de los Doce. A lo que él les revelaba los Doce lo llamaban el Cristianismo verdadero y el de la época en que vivían. El treceavo murió relativamente pronto y los Doce se dieron a la tarea de transcribir en forma de imaginaciones únicas en que era posible hacerlo, lo que el treceavo les había revelado. Así nacieron las figuras e imágenes simbólicas contenidas en las obras de Hinricus Madathanus Theosophus, y también las comunicaciones de H.P. Blavatsky en su obra "Isis sin velo". El proceso oculto hemos de imaginar que consistió en que el fruto de la iniciación del treceavo se conservó en su cuerpo etéreo postmortem y, por lo tanto, persiste en el aura espiritual de la tierra.

Este fruto tuvo efecto inspirador sobre los Doce así como sobre sus discípulos posteriores, de modo que de ellos pudo originarse la corriente rosacruz oculta. Y el cuerpo etéreo continuó activo, y al reencarnarse el treceavo de nuevo, ya en el siglo XIV, compenetró el cuerpo etéreo de éste. Más o menos nació a mediados del siglo y vivió en esa encarnación más

de 100 años; se educó en el círculo de los discípulos y sucesores de los Doce, de manera semejante pero no tan ajeno al mundo como en su encarnación anterior. Al llegar a los 28 años de edad surgió en él un ideal extraño: Se sintió impelido a viajar ya salir de Europa. Primero fue a Damasco, y allí se repitió para él una vez más la Experiencia que San Pablo había tenido. Esta experiencia debe considerarse como fruto de un germen de la encarnación anterior. Todas las energías del maravilloso cuerpo etéreo de la individualidad

del siglo XIII habían quedado intactas, y nada de él se desvaneció después de la muerte en el éter universal; era un cuer-

po etéreo íntegro permanente, intacto desde entonces en las esferas etéreas. Ese mismo cuerpo etéreo, de sutil espiritualidad, iluminaba e irradiaba desde el mundo espiritual la nueva encarnación que esa individualidad tenía en el siglo XIV.

De ahí el impulso de volver a vivir el Evento de Damasco. Esta es la individualidad de Christian Rosenkreutz; él era el treceavo en el círculo de los Doce y de esa encarnación en adelante se le llamó así. Esotéricamente él ya era Christian Rosenkreutz en el siglo XIII, pero no se le dio este nombre exotéricamente hasta el siglo XIV y los discípulos del treceavo, los sucesores de los Doce del siglo XIII, son los rosacruces.

Christian Rosenkreutz viajaba por todo el mundo conocido. Habiendo recibido instilada toda la sabiduría de los Doce, fecundada por la gran Entidad de Cristo, le resultó fácil asimilar, en el curso de siete años, toda la sabiduría de esa época. Regresó a Europa después de siete años de ausencia y aceptó como discípulos a los más avanzados de entre los discípulos y sucesores de los Doce y fue entonces cuando propiamente comenzó la labor de los rosacruces.

Gracias a las irradiaciones del maravilloso cuerpo etéreo de Christian Rosenkreutz, fue posible emprender un enfoque del mundo totalmente nuevo. Ahora bien, el trabajo realizado por los rosacruces hasta nuestro tiempo ha sido externo e interno. El externo tuvo por objeto explorar lo que se halla detrás de maya, mundo fenoménico concebido como imagen falaz. Todo el macrocosmos se basa en un macrocosmos etéreo o cuerpo etéreo, en analogía al que tiene el hombre. Existe cierta transición limítrofe de la sustancia más burda a la más fina. Dirijamos nuestra mirada sobre el límite entre la sustancia física y etérea.

Nada en el mundo se parece a lo

que se encuentra entre la sustancia física y la etérea; no es ni oro ni plata, ni plomo ni cobre; es una sustancia incomparable con cualquier otra sustancia física: es la esencia de todas ellas. Tenemos ahí una sustancia que está contenida en todas las demás sustancias físicas, de modo que estas pueden considerarse como modificaciones de aquélla. Llegar a la visión clarividente de esa sustancia ha sido preocupación de los rosacruces. Ellos han considerado como preparación para el desarrollo de esa visión la actividad acrecentada de las energías morales del alma, actividad que luego hace visible la sustancia: en las energías morales del alma veían la potencia para la visión. Los rosacruces efectivamente contemplaron y descubrieron esa sustancia; encontraron que vive en forma determinada en el mundo, tanto en el macrocósmico como en el humano. Fuera, en el exterior, la veneraron como el gran manto, el ropaje del universo; en el interior, en el hombre la vieron brotar cuando en él existe una reacción armoniosa entre pensamiento y voluntad. Veían las energías volitivas no sólo en el hombre, sino también en el macrocosmos, por ejemplo, en el trueno y el relámpago. Asimismo, observaban

también las energías intelectivas, por una parte en el hombre y, por otra, en el mundo exterior, en el arco iris o en la aurora. Los rosacruces buscaban en las irradiaciones del cuerpo etéreo del treceavo, de Christian Rosenkreutz, la energía para realizar en la propia alma esa armonía entre voluntad y pensamiento.

Ha sido regla entre los rosacruces que todos sus descubrimientos permanecieran secretos por cien años y que sólo transcurrido ese tiempo se comunicaran al mundo. Sólo después de una labor de cien años sobre algo nuevo, se permitía hablar de él en forma adecuada. Así se

preparó del siglo XVII al siglo XVIII, lo que en 1785 halló expresión en el libro "Los símbolos secretos de los rosacruces".

También es de gran importancia saber que la inspiración rosacruz se transmite en cada siglo en forma tal que su mensajero nunca se identifica exteriormente. Sólo los supremos iniciados lo saben. Hasta hoy, por ejemplo, no se podía hablar públicamente de los acontecimientos de cien años atrás, período fijado para que se caractericen, ya que es demasiado grande la tentación de otorgar a una autoridad personificada, si es portadora de un mensaje, un culto de idolatría fanática, lo peor que puede suceder. Este peligro es muy natural, y la discreción es una necesidad, no sólo contra las tentaciones de la ambición y de la altanería, quizá neutralizables, sino, sobretodo, contra los ataques astrales ocultos que se dirigirían continuamente hacia una individualidad de esas características. De ahí la importancia de no hablar de esos hechos durante cien años.

A consecuencia de la labor rosacruz, el cuerpo etéreo de Christian Rosenkreutz se vigorizó y se hizo más potente de siglo en siglo. Ejercía su influencia no sólo a través suyo, sino asimismo a través de todos los que eran sus discípulos.

Desde el siglo XIV, Christian Rosenkreutz ha encarnado una y otra vez. Todo lo que se promulga como Teosofía recibe el vigor del cuerpo etéreo de Christian Rosenkreutz, y los que

la proclaman dejan que les haga sombra este cuerpo etéreo que puede actuar sobre ellos lo mismo cuando Christian Rosenkreutz está encarnado que cuando no lo está.

En el siglo XVIII, el Conde de Saint-Germain fue la reencarnación esotérica de Christian Rosenkreutz, sólo que ese nombre se atribuía también a otras personas, de modo que no todo lo que en diversas partes se dice del Conde de Saint-Germain es válido para el auténtico Christian Rosenkreutz.

También hoy Christian Rosenkreutz se halla encarnado. De las irradiaciones de su cuerpo etéreo brotó la inspiración para la obra de H. P. Blavatsky "Isis sin velo". Esta misma influencia

de Christian Rosenkreutz actuó también, invisible, sobre Lessing y le inspiró su escrito sobre "La educación del género humano" (1780). Por el alud materialista se hizo más y más difícil lograr inspiraciones en sentido rosacruz. En el siglo XIX, el materialismo llegó a su pleamar. En consecuencia, mucho pudo presentarse únicamente en rayos polirefractados. En 1851, Wiedenmann (3) resolvió el problema de la inmortalidad, en el sentido de la reencarnación; su escrito fue premiado.

Hacia 1850, Drossbach (4) escribió en sentido reencarnacionista desde el punto de vista de la psicología .

Así es como también en el siglo XIX las irradiaciones del cuerpo etéreo de Christian Rosenkreutz han seguido actuando. Y fue posible renovar la vida teosófica cuando, en 1899,

había expirado el pequeño Kali Yuga. Por esta razón, el acceso al mundo espiritual es hoy más fácil, y el efecto espiritual es posible en mucha mayor medida. La entrega al ya poderoso cuerpo etéreo de Christian Rosenkreutz significará para los hombres la nueva clarividencia y despertará los poderes espirituales latentes, pero esto sólo será posible para las personas que sigan correctamente la disciplina de Christian Rosenkreutz. Hasta ahora se requería para ello la preparación rosacruz esotérica; el siglo XX tiene la misión de procurar que este cuerpo etéreo cobre tanto poder que pueda asimismo obrar exotéricamente.

Los que reciban su influencia, podrán vivir la Experiencia que San Pablo tuvo ante las puertas de Damasco.

Hasta ahora, ese cuerpo etéreo sólo ha influido sobre el movimiento rosacruz; en el siglo XX habrá más y más personas que experimentarán ese efecto y de esta manera serán capaces de vivir la aparición de Cristo en su cuerpo etéreo. La labor de los rosacruces hará posible que tengamos la aparición etérea de Cristo y que aumente de día en día el número de quienes puedan percibirla. Hemos de atribuir esta reaparición a la magna labor de los Doce y del treceavo miembro en los siglos XIII y XIV.

Una vez convertidos ustedes en instrumentos de Christian Rosenkreutz, podrán estar seguros de que hasta su más pequeño esfuerzo anímico tendrá valor para la eternidad.

Mañana nos ocuparemos de la obra de Christian Rosenkreutz. Un confuso instinto hacia la ciencia del espíritu palpita hoy en la humanidad. Y podemos estar seguros de que por doquiera que discípulos rosacruces trabajen seria. y conscientemente, crearán valores para la eternidad. Toda labor espiritual, por pequeña que sea, nos hará ascender. Es necesario brindar comprensión y veneración a la causa sagrada.

Conferencia II: La obra de Christian Rosenkreutz

Hoy me corresponde decirles algo sobre la obra de Christian Rosenkreutz, obra que comenzó con el siglo XIII, que ha durado hasta hoy y que seguirá durando para toda la eternidad. El primer acto de esta obra lo constituye , desde luego, lo que ayer dijimos de la iniciación de Christian Rosenkreutz y sobre lo que tuvo lugar entre el Colegio de los Doce y el treceavo miembro. Al renacer Christian Rosenkreutz en el siglo XIV, encarnación que duró más de cien

años, tuvo por misión, como obra principal, la instrucción de los Doce. Durante ese tiempo, apenas conocieron a Christian Rosenkreutz, otras personas fuera de los Doce, lo que no quiere decir que él no se hubiera mezclado con la gente, sino simplemente que los demás no lo conocieron. En el fondo, sigue siendo lo mismo hasta hoy, pero el cuerpo etéreo de Christian Rosenkreutz actuaba siempre en el recinto de sus discípulos, y sus energías actuaban en círculos cada vez más amplios, y hoy ya existen muchas personas susceptibles de ser compenetradas por las energías de este cuerpo etéreo.

Christian Rosenkreutz escoge de una manera muy peculiar a los que quiere convertir en sus discípulos. Se trata siempre de que el escogido sea consciente de uno o varios eventos de su vida. Esta elección por parte de Christian Rosenkreutz se efectúa en forma especial: el candidato se ve conducido a un punto de viraje decisivo, a una crisis kármica.

Supongamos, por ejemplo, que una persona está en trance de cometer un acto que puede causarle la muerte. Estos eventos pueden ser de la más variada índole: por ejemplo, una persona camina por una vereda peligrosa y al llegar junto a un despeñadero sin darse cuenta de ello, oye una voz que le dice ¡Detente!, y se para sin saber por qué. Puede haber miles de casos similares. Hemos de notar, sin embargo, que esto no es más que la señal exterior, si bien la más importante de la llamada espiritual exterior. El pre-requisito para la llamada interior es que el escogido se haya ocupado de algo espiritual, teosófico o de otra ciencia espiritual. El

suceso exterior que acabo de mencionar es un hecho del mundo físico, aunque no procede

de una voz humana; este hecho siempre tiene una estructura tal que el candidato sabe de seguro

que la voz procedió del mundo espiritual. En un principio puede creerse que existe un hombre escondido por ahí, de quien la voz procede, pero cuando el discípulo tiene la madurez necesaria, llega a comprender que ninguna persona física ha intervenido en su vida. En resumen: el discípulo sabe de seguro que existen mensajes procedentes del mundo espiritual, y estas experiencias las puede tener una sola vez o varias en el curso de su vida. Ahora bien hemos de comprender el efecto que este suceso produce en el alma del discípulo. Se dice a sí mismo: por gracia me ha sido concedida una nueva vida cuando la primera parecía perdida.

Esta nueva vida por gracia concedida otorga al discípulo luz para toda su vida posterior. Tiene la clara sensación que se puede cifrar en las palabras "Sin esta mi vivencia rosacruz, yo habría muerto". Sin aquel suceso la vida que sigue no tendría el mismo valor. Puede suceder, por cierto, que alguna persona haya tenido una o varias de esas experiencias y no obstante, no encuentre luego el camino a la teosofía o a la ciencia espiritual: en estos casos puede posteriormente ser el recuerdo de dichas experiencias lo que permita la realidad del encuentro. Muchos de los aquí presentes pueden examinar el curso de su vida y encontrarán que en ello tuvieron lugar hechos parecidos, aunque generalmente hoy pasen inadvertidos. En general, conviene que nos demos cuenta de que salen a nuestro encuentro muchos sucesos importantes sin que los notemos. Sirva pues, esto de alusión a la manera de cómo el rosacruzanismo elige a sus discípulos superiores.

Se presenta luego ante el discípulo la siguiente alternativa: o tal evento se cruza ante él sin dejar huella, en cuyo caso la impresión se borra y él no atribuye a ella importancia alguna; o bien intuyendo el significado de esa experiencia, llega a pensar: te encontrabas ante una crisis, crisis kármica; tu vida había de terminar en aquel momento, llegaba a su fin; un modo de casualidad te salvó. Desde aquella hora, una segunda vida se halla, como si dijéramos, injerta en la primera. Esta segunda vida la tienes que considerar como regalo, y vivirla de conformidad.

Si una experiencia de esta índole provoca en un hombre la actitud anímica de que, en adelante, su vida ha de ser considerada como regalo, se convierte en adepto de Christian Rosenkretz, ya que ésta es la manera como él atrae a las almas hacia sí. Quien recuerde una experiencia de esta índole, quien la viva conscientemente podrá decir: Christian Rosenkretz, desde el mundo espiritual, me dio una señal de que pertenecía a su corriente; confirió a mi karma la posibilidad

de una experiencia como la que tuve; me señaló un camino; he de seguirlo y ver cómo puedo poner mis energías al servicio del rosacruzanismo. Los que no entendieron la señal, la entenderán más tarde; pues el que la haya recibido ya no se emancipará de ella.

La posibilidad de que un hombre pueda tener una experiencia de la índole descrita, se debe a que él, en el período entre su última muerte y su nacimiento a esta vida, se encontró con Christian Rosenkretz en el mundo espiritual; de ese momento parte la elección; fue entonces cuando depositó en nosotros un impulso volitivo que después nos lleva a esas experiencias. Así es como se producen las relaciones espirituales.

Para profundizar el tema, refirámonos ahora a la diferencia entre la enseñanza de Christian Rosenkretz en tiempos anteriores y en el actual. Antes, era más bien del tipo de las ciencias naturales; ahora lo es más bien del tipo científico-espiritual. Así por ejemplo, antaño se hablaba de procesos naturales y se llamaba a esa ciencia **alquimia** o, en la

medida en que se trataba de procesos extraterrestres, **astrología**. Hoy partimos más bien de la reflexión espiritual. Si, por ejemplo, estudiamos las sucesivas épocas culturales post-atlantes: la cultura india antigua, la persa, la egipcio-caldeo-babilónica y la greco-latina, este estudio nos aclara la naturaleza de la evolución psíquica humana. El rosacruz medieval estudiaba aquellos procesos naturales que consideraba como los procesos telúricos de la naturaleza.

He aquí el primer proceso importante: La **salificación**: el rosacruz medieval llamaba **sal** a todo aquello que puede precipitarse o sedimentarse en una solución como sustancia sólida. Sin embargo, al observar el rosacruz medieval esa salificación su concepto de ella era bien distinto del que tiene el hombre actual; para que en aquél se operara la debida comprensión, la

contemplación del proceso debía suscitar en él la actitud de una plegaria. Por eso, el rosacruz de la Edad Media trató de darse cuenta de cuál habría de ser el proceso que debería tener

lugar, para que esa misma salificación se produjera también en el alma. Pensaba: la naturaleza humana se aniquila continuamente, debido a sus instintos y pasiones. Nuestra vida sería

una desintegración, un proceso de putrefacción, si nos entregáramos únicamente a nuestros apetitos. Si el hombre quiere realmente protegerse contra ese proceso de putrefacción, tiene que entregarse continuamente a pensamientos puros que tiendan hacia lo espiritual. Había que ennoblecer el pensamiento. Ese rosacruz sabía que, si en alguna encarnación no transmutaba sus pasiones, nacería en la siguiente con determinadas disposiciones patológicas; en cambio, que si las purificaba, reencarnaría en un cuerpo sano. El proceso de superar, por la espiritualidad, las fuerzas de putrefacción, puede considerarse como **salificación microcósmica**. Así comprenderemos cómo aquel proceso natural pudo convertirse, para el rosacruz medieval, en la más fervorosa plegaria. Al contemplar la salificación, los antiguos

rosacruces se decían con casto sentimiento de devoción: Aquí, las potencias divino-espirituales han actuado, durante milenios, de la misma manera que en mí actúan los pensamientos puros. A través de la naturaleza como maya, adoro los pensamientos de los Dioses, de las entidades divino-espirituales; me hago similar al macrocosmos si la naturaleza suscita en mí sentimientos de esta categoría; en cambio, me separo de Dios, abandono el macrocosmos, si me limito a observar el proceso exteriormente.

Otra experiencia era: la **disolución**, proceso natural que también conducía al rosacruz medieval hacia la plegaria. Todo lo que es capaz de disolver, el rosacruz lo llamaba mercurio, lo que le inducía a preguntar: ¿Cuál es la cualidad correlativa en el alma humana? ¿Qué factor

actúa en ella en forma semejante al mercurio del mundo exterior?

El rosacruz medieval sabía que ese factor significa cualquiera de las formas del amor, y distinguía, en analogía con las formas inferiores y superiores del amor, entre los procesos de disolución inferiores y los superiores. De esta manera, la contemplación del proceso de disolución se convirtió en otra fervorosa plegaria en la que el teósofo medieval expresaba: El amor de Dios ha actuado durante milenios en el mundo exterior, de manera parecida a como el amor actúa en mi interior.

El tercer proceso natural importante era para el teósofo medieval, la **combustión**, esto es, la consunción por medio del fuego de una sustancia exterior. y también en este proceso de combustión buscaba el rosacruz medieval la contraparte anímica que encontraba en su entrega fervorosa a la Divinidad. Y llamaba azufre o sulfur a todo lo que fuera capaz de destruirse mediante el fuego. En los estados evolutivos de la tierra veía el proceso de la purificación paulatina, comparable a un proceso de combustión o un proceso sulfúreo. Así como sabía que en un futuro la tierra sería purificada por el fuego, así también consideraba la entrega fervorosa a la Divinidad como un proceso de combustión. En los procesos telúricos reconocía la labor de unos dioses que levantaban la mirada hacia otros superiores. Y, penetrado de profunda devoción y de hondo sentimiento religioso, al contemplar la combustión se decía: en este acto los dioses inferiores presentan su ofrenda a los dioses superiores, del mismo modo que yo lo hago al llevar a cabo un proceso de combustión en mi propio laboratorio. y sólo se consideraba digno de actuar en esta forma en su laboratorio, si se sentía penetrado de una actitud de sacrificio, si sentía dentro de sí el deseo de entregarse en ofrenda a los dioses. El poder de la llama henchía al teósofo medieval de profunda religiosidad que se manifestaba en las palabras: al observar la llama en el macrocosmos, intuyo en ella el pensamiento de los dioses, su amor y su actitud de sacrificio.

El rosacruz de la Edad Media llevó a cabo todos estos procesos en su propio laboratorio y luego se entregó a la contemplación de la salificación, la disolución y la combustión, entregándose siempre a sentimientos profundamente religiosos, lo que le llevaba a sentir su conexión con las potencias macrocósmicas.

Estos trámites anímicos provocaban en él: 1) Pensamientos divinos, 2) Amor divino, 3) Sacrificio divino. Luego descubría que, al llevar a cabo un proceso de salificación, surgían en él

mismo pensamientos puros y purificantes; en el de disolución se sentía impulsado hacia el amor penetrado de amor divino, y en el de combustión se sentía atizado hacia un servicio de ofrenda, impelido a sacrificarse en aras del mundo. Esto era lo que vivía el experimentador.

Si, dotados de clara evidencia, hubiéramos asistido a alguno de estos experimentos, habríamos registrado un cambio en el aura de la persona que los hacía. Esta aura que, antes del experimento, se veía muy turbia, impregnada de los apetitos e instintos que esa persona había alimentado, se tornaba, como consecuencia del experimento, en aura de un solo color: en el experimento de salificación era cobrizo, correspondiente a los pensamientos divinos puros; en el de disolución, argentino, correspondiente al amor divino, y finalmente, en la combustión, áureo, característico de la ofrenda a la divinidad. Los alquimistas decían que del aura habían hecho el cobre subjetivo, la plata subjetiva y el oro subjetivo. A consecuencia de ello, quien había pasado por semejante experiencia, quien había vivido semejante experimento en

efectividad interior, se penetraba por completo de amor divino.

El resultado de esas manipulaciones era, pues, un hombre impregnado de pureza, de amor y de voluntad para el sacrificio y, mediante este servicio de ofrenda, los teósofos medievales preparaban cierta clarividencia. Así es como el teósofo medieval podía intuir la manera cómo los seres espirituales tras del velo de maya, hacían nacer y perecer las cosas; así como comprender cuáles de entre las aspiraciones del alma favorecen nuestro desarrollo y cuáles no. Conocía así nuestras propias fuerzas generatrices y de descomposición.

Con base en la contemplación de la naturaleza, el teósofo medieval comprendió la ley de la evolución ascendente y descendente, y expresó en imágenes y figuras imaginativas, la ciencia de esta manera adquirida. Se trataba de una especie de conocimiento imaginativo, y resultado de ello es lo que ayer comentamos como "Los símbolos secretos de los rosacruces".

Así es como trabajaron los mejores alquimistas del siglo XIV al XVIII, incluso hasta a principios del XIX. Sobre esta labor realmente moral, ética e intelectual, nada se ha impreso,

pues lo que se ha divulgado sobre la alquimia en letra de imprenta, escrito por quienes se ocuparon de ella como finalidad en sí, han sido únicamente los experimentos puramente exteriores. El pseudo-alquimista pretendía producir sustancias; en los experimentos de combustión de sustancias tan sólo le interesaba la ganancia del resultado material; en cambio, el alquimista verdadero no atribuía importancia alguna al producto final; sólo le interesaban

las vivencias anímicas que se tenían durante la formación de la sustancia, los pensamientos y vivencias que latían en su interior.

De ahí que fue una ley estricta para el teósofo medieval que en sus experimentos llegara a producir oro o plata, no beneficiarse personalmente de ello; sólo le era permitido regalar los metales producidos. El hombre de nuestra época ya no tiene una idea correcta de esos experimentos; nada sabe de lo que vivió el que los llevaba a cabo; el que, por ejemplo, en los procesos que condujeron a la obtención del antimonio, los experimentadores registraban importantes impresiones de orden moral: el teósofo medieval podía vivir en su laboratorio verdaderos dramas anímicos.

Si esas cosas no hubieran tenido lugar en aquel entonces, hoy no podríamos dedicarnos al rosacruceanismo en el sentido de la ciencia espiritual. Lo que el rosacruz medieval experimentaba en presencia de los procesos naturales, era una ciencia natural sagrada; lo que él vivía a través de las actitudes de sacrificio espiritual, de los regocijos, de los inusitados fenómenos de la naturaleza, del dolor y la tristeza, de todos los incidentes agradables que lo exaltaban durante sus experimentos: todo esto tenía para él un efecto redentor y de liberación. Pero hoy yace en los repliegues más íntimos del alma todo lo que en aquellos tiempos se sembró en ella.

¿Como podemos volver a encontrar actualmente aquellas energías escondidas que conducían entonces a la clarividencia? Buscándolas en la ciencia espiritual por medio de la meditación y la concentración serias; entregándonos por entero a la vida interior del alma. Gracias a este desarrollo interior la atención hacia la naturaleza paulatinamente vuelve a convertirse en una ofrenda, sólo posible si los hombres se ocupan, con todo su ser, de lo que hemos llamado

ciencia espiritual. Para que en el porvenir vuelva a ser posible percibir la verdad espiritual detrás de la naturaleza, comprender lo espiritual detrás de maya, es indispensable que miles de personas se dediquen a la ciencia espiritual, lleven una vida interior. Entonces será posible que un grupo, pequeño al principio, pueda participar del evento de San Pablo en el camino de Damasco, y percibir al Cristo etéreo que, en forma suprasensible, desciende hacia los hombres.

Pero ante todo es necesario que el hombre recobre la visión espiritual de la naturaleza. El

que no conoce todo el significado íntimo del esfuerzo rosacruz puede creer que la humanidad está todavía en el mismo escalón de hace 2.000 años. Mientras el hombre no se sume a ese esfuerzo -solo posible a través de la ciencia del espíritu- no podrá llegar a la visión espiritual.

Por el Hecho del Bautismo en el Jordán, cuando Cristo descendió en el cuerpo de Jesús de Nazaret, y por el Misterio del Gólgota, la humanidad obtuvo la facultad de ver y de vivir a Cristo todavía en nuestro milenio, más o menos a partir de 1930. Cristo pisó la tierra en un cuerpo físico **una sola vez**, y es necesario comprender este hecho. El retorno de Cristo significa tener de El una percepción suprasensible en el cuerpo etéreo. De ahí que todo aquel que quiera apreciar el curso correcto de la evolución, deberá conquistar la facultad de poder ver con el ojo espiritual.

No habría progreso en la humanidad, si Cristo tuviera que reaparecer en un cuerpo físico (5). La próxima vez se manifestará en un cuerpo etéreo.

Lo que las diferentes confesiones religiosas podían suministrar fue recopilado por Christian Rosenkretz y el Colegio de los Doce. El efecto de esto será que lo que han dado las religiones particulares, lo que sus adeptos han inspirado y deseado, se encuentra de nuevo en el impulso crístico. La evolución de los próximos tres milenios ha de consistir en creer y fomentar la comprensión de este impulso crístico. Del siglo XX en adelante todas las religiones se reunirán en el Misterio Rosacruz. Y esto será posible en los próximos tres milenios debido a que ya no será necesario instruir a la humanidad con base únicamente en documentos: por la visión de Cristo, ellos mismos comprenderán el Evento que San Pablo vivió en el camino de Damasco; la humanidad misma pasará por la vivencia de San Pablo. 5.000 años después de la iluminación del Buda bajo el árbol Bodhi, aparecerá el Maitreya-Buda; esto es, aproximadamente en el tercero de los milenios que siguen al nuestro. Él será el sucesor de Gautama Buda. Sobre este punto no puede haber discusión entre los ocultistas auténticos; están de acuerdo los occidentales y los orientales. Dos son, pues, los hechos incontrovertibles:

Primero: que el Cristo no pudo aparecer en cuerpo físico más que una sola vez y que en el siglo XX reaparecerá en cuerpo etéreo. Si bien es cierto que en el siglo XX surgirán grandes individualidades como, por ejemplo, el Bodisatva que, como sucesor de Gautama Buda, se convertirá dentro de unos 3.000 años en Maitreya Buda, ningún ocultista verdadero designará como Cristo a un hombre físicamente encarnado en el siglo XX; ningún ocultista verdadero esperará al Cristo en el siglo XX en un cuerpo físico (6). Todo ocultista auténtico considerará semejante afirmación como incorrecta. Será función del Bodisatva llamar la atención sobre Cristo.

Segundo: el Bodisatva que apareció como Jeshu ben Pandira, sólo aparecerá como Maitreya Buda 3.000 años después de nuestra época. Los auténticos ocultistas de la India se indignarían si se afirmara que Maitreya Buda pudiera aparecer antes de ese tiempo. No es imposible, sin embargo, que existan también en la India ciertos ocultistas que no sean ocultistas verdaderos y que mencionen, por intereses particulares, la encarnación de un Maitreya Buda en nuestra época.

La entrega correcta a la teosofía rosacruz y la devoción correcta hacia Christian Rosenkretz nos preservará contra el peligro de caer en esos errores.

Todo esto se presenta en el rosacrucianismo de una forma accesible al escrutinio de la razón; todo esto puede examinarse mediante el sano y cotidiano sentido común. No crean nada por mi autoridad, sino recíbanlo todo como simple invitación a examen. Estoy

sosegado y confiado: a mayor examen, más razón encontrarán en la teosofía o ciencia espiritual. Cuando menos fe le otorguen a la autoridad, más comprensión tendrán para Christian Rosenkreutz. La mejor manera de conocerlo es ahondar con todo corazón en su individualidad y comprender que su espíritu subsistirá para siempre; cuanto más nos acerquemos a él, más su energía nos fortalecerá. Si invocamos la ayuda de este gran Guía siempre presente, podemos esperar de su cuerpo etéreo mucha energía y auxilio. También comprenderemos el extraño fenómeno del letal debilitamiento de Christian Rosenkrelitz, si profundizamos correctamente la labor científico-espiritual. Recordemos que esta individualidad vivió en el siglo XIII en un cuerpo físico enervado hasta la transparencia, en cuyo estado yació como muerto durante varios días recibiendo de los Doce la sabiduría que ellos poseían y viviendo precisamente también entonces el Hecho de Damasco .

¡Que el espíritu del rosacrucianismo verdadero inspire esta Rama de nuestra Sociedad y palpите en ella, porque entonces el gran cuerpo etéreo de Christian Rosenkreutz está presente aquí con tanta mayor intensidad!

Con esto doy por inaugurado el trabajo de esta Roma. Suplico a los aquí reunidos ayudar, en la medida de sus fuerzas, a sus hermanos de Neuchatel así como mandarles muchos buenos pensamientos para que el espíritu de la Rama aquí fundada persista para siempre. Cuanto más nos acerquemos a la elevada causa, tanto más rápidamente llegaremos a la meta. Yo mismo quiero recordarlos, una y otra vez, nuestro gran trabajo prometedor y suplico al gran Guía de Occidente que nos preste su ayuda. ¡Que esta Rama sea uno de los ladrillos del templo que queremos erigir!

Dentro del espíritu de Christian Rosenkreutz inauguramos esta Rama y dentro de él trataremos de llevar adelante el trabajo emprendido.

Notas

(1) véase Steiner, Rudolf: "La ciencia oculta", México 1957, págs. 259-260

(2) Ob. cit., pág. 237

(3) "Reflexiones sobre la inmortalidad como repetición de las vidas terrenales" (1851)

(4) "Renacimiento, o la solución del problema de la inmortalidad por el método empírico según leyes naturales conocidas" (1844)

(5) Obvia crítica de Steiner a el "affaire Krishnamurti".

(6) La insistencia de Steiner sobre este punto se debe a su inminente separación de la Sociedad Teosófica (1912), donde se proclamaba a Krishnamurti como el "Instructor del Mundo".